

CAPITULO VII.

Orden de marcha á varios cuerpos para formar un ejército que se puso al mando del mariscal D. Pascual Liñan, jefe realista.—Entra este á la Provincia de Guanajuato, y nombra para su segundo al Brigadier Negrete.—Sale este al encuentro del primero, dejando en la Villa de Leon una corta guarnicion.—Mina marcha á sorprenderla, pero noticioso de este movimiento se prepara á la defensa, lo rechaza, y entonces este se retira con gran pérdida.—Liñan con sus fuerzas rompe el fuego sobre la fortaleza del Sombrero, en primero de Agosto, y en cuatro del mismo vuelve á atacarla, pero tambien fué rechazado con pérdida, siendo uno de los muertos el Comandante del primer batallon de Zaragoza D. Gabriel Rivas.—Mina logró salir con otra fuerza, y se dirigió al fuerte de San Gregorio para proporcionarse varios recursos, dejando el fuerte del Sombrero al mando del Coronel Young.—Liñan emprendió otro ataque, en el que volvió á ser rechazado; por lo que se retiró sufriendo una pérdida muy considerable; pero antes una bala de cañon le habia quitado la cabeza al Coronel Young, al que le sucedió en el mando del fuerte el Teniente Coronel Bradburn.—Los sitiados se decidieron á desocuparlo; mas cuando sus fuerzas comenzaban á bajar, fueron descubiertas, y entonces se fueron dispersando, y los que habian logrado escaparse fueron alcanzados en la mañana siguiente, á excepcion de Moreno y Bradburn.—En 20 de Agosto ocupó Liñan el fuerte, habiendo caído en su poder las mugeres é hijos de Gonzalez y Moreno.—Los enfermos, heridos y prisioneros fueron fusilados inmediatamente.—Solo se escaparon de este castigo las mugeres y los niños, y un hombre que descubrió el punto en que estaba oculto el dinero, habiéndose destruido en seguida las fortificaciones.—Mina con cien hombres se dirigió al fuerte de San Gregorio, y á su tránsito entre Leon y Silao encontró una partida de realistas á los que derrotó, quedando muerto su Comandante.—En el fuerte referido acordó con el Padre Torres el que este permaneciera allí, aumentando y mejorando las fortificaciones, y que las partidas volantes se ocupasen en recorrer los caminos para impedir la introduccion de víveres, y auxilios á los lugares, que estaban á disposicion del gobierno realista, y con cuyo objeto le dejó á los extrangeros, que lo acompañaban.—El 27 de Agosto acampó Liñan con sus fuerzas al frente de San Gregorio.—Descripcion de ese cerro, y de sus obras exteriores.—Mina se dirigió á la Hacienda de la Tlachiquera, y en seguida á la de San Diego del Bizcocho; y aunque la gente que la defendia se metió á la Iglesia y al Campanario, al fin se rindió, habiendo huido el Comandante.—Mina despues de algunas otras tentativas caminó con solos veinte soldados para Jaugilla, á donde llegó el 12 de Octubre.—Habiendo hablado y conferenciado con los individuos de la Junta, le dió ésta cincuenta hombres de infantería, y con estos fué reuniendo otros en Puruándiro, Valle de Santiago y Mineral de la Luz, al que llegó al amanecer del dia 24, y en la noche del mismo se acercó á esta Ciudad.—Circunstancias, que proporcionaron al autor, el que se impusiera de los hechos de esa jornada.—Faltas, é inverosimilitudes, que se advierten acerca de otros.—Mina se retira, é informado Orrantia de la direccion que llevaba, entra á Silao, y de allí al rancho del Venadito, en el que murieron los que intentaban defenderse, siendo Moreno uno de estos.—Mina, que no tuvo oportunidad de

resistir, fué aprehendido, y se le condujo á Silao en el dia siguiente.—En seguida se le pasó al campo de Liñan, en donde fué fusilado y sepultado.—Dudas y reflexiones que ocurren sobre su intencion y objeto para venir á esta nacion.

El resultado de la batalla de Peotillos causó tan viva impresion, que se dió orden de marcha á varios cuerpos para formar un ejército respetable, que se puso al mando del mariscal de campo D. Pascual Liñan, recién llegado de España; y habiendo entrado éste á la provincia de Guanajuato, tomó el mando de ella, y nombró por su segundo al Brigadier Negrete. El dia 26 de Julio pasó á Leon, para tomar informes y conocimiento acerca de la situacion y estado, que guardaba el fuerte del Sombrero, en donde estaba Mina, el que supo por sus espías, que por haber salido Negrete á buscarlo, apenas habia quedado en Leon una corta guarnicion, lo que le sugirió la idea de ir á sorprenderla; mas habiendo traslucido en dicha poblacion, que se hacia ese movimiento, se previnieron y prepararon, de suerte, que al emprender Mina el ataque sobre ella, lo recibieron con un vivísimo fuego de cañon y de fusilería; y aunque no obstante esa resistencia penetró él hasta la plaza y á uno de los cuarteles, siempre se vió en la necesidad de retirarse con bastante pérdida, la que pasó de cien hombres, entre los cuales quedaron veinte y un prisioneros que fueron fusilados al dia siguiente, contándose entre los muertos el mayor general Márquez, y entonces Mina se volvió al fuerte, habiendo sido este reves el primero que tuvo.

El Virey le previno á Liñan que con el mayor empeño ocupase esa fortificacion, fueran cuales fuesen las pérdidas y quebrantos que se necesitaran para lograrlo, en atencion á que lo que importaba era el privar á Mina á toda costa de ese albergue y apoyo, sin el cual seria mas fácil aprehenderlo; por lo que en cumplimiento de tan terminantes prevenciones, acampó Liñan al frente del cerro

del Sombrero el 31 de Julio; y reuniendo y distribuyendo en seguida las numerosas fuerzas que tenia á sus órdenes, rompió el fuego en la madrugada del 1º de Agosto. El de cañoneo fué constante; mas como los edificios del fuerte estaban protegidos por la altura cónica del cerro, las balas daban contra esta sin causar daño á los defensores; por lo que Liñan dispuso atacar en la madrugada del 4 de Agosto por los tres puntos que parecian mas practicables; pero en todos fué rechazado con grandes pérdidas, y muerto el Comandante del primer batallon de Zaragoza D. Gabriel Rivas.

Mina peleó á cuerpo descubierto con una lanza en la mano; y persuadido de que la rendicion del fuerte era ya inevitable si él mismo no salia á proporcionarse los auxilios necesarios, se dirigió con Borja, Ortiz y sus asistentes á los campos vecinos, dejando encargado de él al Coronel Young. Los sitiados á cada momento empeoraban su situacion, y en tan críticas circunstancias varios oficiales le hablaron á Young, para que solicitara una capitulacion, comisionando con tal objeto al Dr. Hermessey y al Lic. D. Manuel Solórzano vecino de Páztcuaro, que segun dijo estaba preso en el fuerte; pero Liñan se negó absolutamente á conceder condiciones que no fueran la entrega á discrecion. Young en vista de tal resultado, y de que el estado del fuerte era ya tan deplorable que se habian arruinado grandes lienzos, y que sus escombros llenaban los fosos, creyó que tan solo debia ocuparse de la salida, y con tal objeto fué á hablar con Moreno y con el mayor italiano Mauro, lo que habiendo entendido los otros sitiados, dijeron, que ellos se defenderian sin necesidad de los Norte-americanos, con lo que ofendido Young contestó, que él haria otro tanto hasta morir en la defensa.

Liñan juzgó que un ataque pondria pronto fin al sitio, y dispuso darlo en la tarde del 15. Sus tropas aunque avanzaron con denuedo, fueron rechazadas; pero volviendo

á la carga, llegaron hasta el foso, y los sitiados les hicieron entónces un fuego vivísimo, siendo la defensa de estos tan sostenida y vigorosa, que hasta las mugeres derumbaban las piedras que habia acopiadas sobre los muros; por todo lo cual los asaltantes se vieron en la necesidad de retirarse con una pérdida tan grande y considerable que solo del cuerpo de Zaragoza hubo ciento diez y nueve hombres perdidos entre muertos y heridos y sesenta y siete del de Navarra. Una de las últimas balas de cañon le tumbó la cabeza al Coronel Young que estaba hablando sobre una peña con el Dr. Hermessey, y entónces le sucedió á aquel en el mando del fuerte el Teniente Coronel Bradburn.

Los individuos que habian caido en el foso despedian una hediondez insoportable, lo que reunido á las necesidades que padecian los sitiados, les dió á conocer que ya no tenian otro arbitrio que la salida; y en consecuencia de tal convencimiento, se clavaron los cañones, se inutilizaron las armas y municiones que no se podian sacar, y se enterró el poco dinero que quedaba. A las once de la noche del dia 19 dieron los sitiados la órden de marcha: los heridos y enfermos que quedaban allí abandonados, y estaban seguros de que los iban á matar, pedian á gritos á sus compañeros que les quitaran la vida, y se tapaban la cara con las manos para no verlos partir. Apenas habia comenzado á bajar la fuerza á la barranca, cuando por haber permitido que se adelantasen las mugeres y los muchachos, fué descubierta por los sitiadores, y se comunicó la alarma á todo el campo. El fuego que se rompió en la oscuridad, los lamentos de los heridos y los gritos de todos formaban una confusion, que presentaba una escena terrible de horror. Algunos insurgentes que habian logrado escaparse fueron alcanzados en la mañana siguiente por la caballería de Bustamante y de Villaseñor, habiéndolos lanceado casi todos, y no llegando á cincuenta los

que se pudieron salvar á favor de una espesa niebla, siendo los principales de estos Moreno y Bradburn.

En la mañana del 20 de Agosto Liñan ocupó el fuerte con las compañías de cazadores de Zaragoza y de Navarra. D. Sebastian Gonzalez, las mugeres é hijos de este y de Moreno, cayeron en poder del vencedor, y los heridos y enfermos que estaban en el hospital fueron pasados por las armas, lo mismo que mas de doscientos prisioneros que cogieron los realistas; de suerte, que tan solo perdonaron á las mugeres y á los muchachos, lo mismo que al que descubrió el lugar en que estaba enterrado el dinero, el que tomó en su mayor parte el Coronel de Navarra Ruiz. Entre la gente que se recogió se destinaron los que parecian mas útiles para destruir las fortificaciones, en cuya operacion ocuparon los dias 20, 21 y 22. Mina que habia salido del fuerte del Sombrero cuando estaba ocupado por las fuerzas suyas, se dirigió al de San Gregorio con cien hombres de caballería, y á su tránsito entró en León y Silao, y encontró un cuerpo de caballería realista al que atacó y desbarató, quedando muerto su Comandante, el que fué lanceado y arrastrado, en cuyo ejercicio, esto es, en el de lancear á sus contrarios eran muy diestros los insurgentes. Luego que Mina llegó al fuerte de San Gregorio acordó con el Padre Torres el que este se quedara aumentando y mejorando las fortificaciones, y que las partidas volantes se ocupasen en impedir las comunicaciones y entradas de víveres en los puntos que estuviesen en relaciones con los realistas, á cuyo fin le dejó á casi todos los extranjeros, recibiendo en cambio una reunion de hombres sin disciplina ni subordinacion y acostumbrados á la fuga.

El 27 de Agosto acamparon al frente de la referida fortificacion los primeros cuerpos del ejército de Liñan, y se fueron distribuyendo en la circunferencia de ella, la que estaba colocada en una línea de cortas y escabrosas altu-

ras, que se elevan en medio del fértil llano de Pénjamo en la provincia de Guanajuato, de cuya capital dista por el sudeste cerca de doce leguas. Desde el llano se va levantando la subida por cuestas, algunas muy pendientes hasta el punto llamado de Tepeyac, que es el mas alto, en el que habia formado un baluarte desde el cual descende el terreno al sur hasta volverse á levantar en la otra eminencia llamada de Panzacola. En dicho punto habia agua y acopio de víveres: la guarnicion ascendía á mil y quinientos hombres; y aunque el mando superior de ella lo tenia el Padre Torres, todo lo que allí se hacia era por orden y con la direccion del Coronel Novoa, y de los oficiales de Mina. Cuando este salió del fuerte de San Gregorio se dirigió á la hacienda de la Tlachiquera que está situada al norte de la Sierra de Guanajuato en la que lo esperaba Ortiz con su fuerza, uniéndosele poco despues D. José María Liceaga; mas la primera expedicion que aquel hizo fué á la hacienda del Bizcocho; y aunque la gente que la defendia se metió á la iglesia y al campanario de ella, al fin se rindió, habiéndose fugado el administrador que era tambien su Comandante; y resentido Mina por la matanza que se le hizo á los suyos en el cerro del Sombrero, mandó fusilar á treinta y un prisioneros que cayeron en su poder, y que en seguida se le pegase fuego á la hacienda, habiéndose dirigido al Valle de Santiago despues de algunas otras tentativas que hizo desde cuya poblacion circuló órdenes á los cuerpos que se hallaban esparcidos en el bajío para que marcharan á auxiliar al fuerte de S. Gregorio; mas creyendo que el medio mas conducente de verificarlo era llamar la atencion de los sitiadores á otro punto que les importase conservar, como lo era Guanajuato, trataba de verificarlo así, cuando supo que Orrantia marchaba en su seguimiento, por cuyo motivo distribuyó luego sus fuerzas que se componian de mil cien caballos, que estaban divididos en diversos trozos, y resguardados

por los sembrados y cercas de la hacienda; y en los edificios de esta puso en seguridad á las mugeres y á los muchachos que seguian á la division; pero como estas partidas de caballería fueron desbaratadas por las fuerzas contrarias en el encuentro que tuvieron, se aumentó con ese motivo el desórden como tambien con los gritos que daban las mismas mugeres que huian por todas partes; de manera que Mina apenas pudo abrirse paso por entre esa gente con algunos que lo siguieron, retirándose en seguida al rancho nombrado de Paso blanco, sin que Orrantia (que en ese encuentro habia perdido un oficial y diez y ocho hombres entre muertos y heridos) se empeñase en seguirlo; y con solo veinte hombres se puso aquel en camino para Jaujilla en la tarde del 11, á donde llegó al siguiente dia.

En las conferencias que en seguida tuvo con los individuos de la Junta, opinaron estos que seria mas conveniente sacar del fuerte de San Gregorio á los oficiales extranjeros que allí no eran tan necesarios y organizar con ellos un cuerpo respetable de tropas que se situaran al sur de la provincia de Michoacan, en donde no podia ser atacado, y volver en seguida á emprender la campaña; pero Mina ya hizo punto de honor el ocupar la plaza de Guanajuato; y con cincuenta hombres de infantería que le dió la Junta, se puso en marcha para Puruándiro, en donde fué recibido con repiques é iluminaciones; de allí se pasó al Valle de Santiago en donde reunió la gente que por ese rumbo andaba dispersa, y separándose del camino principal, llegó al amanecer del dia 24 de Octubre á la mina de la Luz, que dista cinco leguas de esta ciudad, en donde se le reunió Don Encarnacion Ortiz con trescientos hombres que traia, que con las del referido Mina formaron un total de mil cuatrocientos á mil quinientos, con los que se acercó en la noche á la referida ciudad.

En esto último, y en todo lo relativo al ataque se pade-

cen grandes equívocos ya acerca de los hechos principales, y ya acerca de los dias y horas en que se verificaron, de cuyos pormenores pude estar muy bien interiorizado por el motivo que paso á expresar.

Desde el año de 1807, en que vine de México á esta capital á continuar mi pasantía, ó práctica forense comenzada allá, habito en una misma calle, que es decir, hace sesenta años que vivo en la calle de los Pozitos, en la que habiendo ocurrido los sucesos mas notables de la expedicion de que se trata, pasaron á mi vista, y puedo por lo mismo hablar de ellos con todo conocimiento; lo que no sucedia con respecto á otras personas, que aunque estuvieran en la misma ciudad, pero que habitando en puntos muy diversos, únicamente se podian referir á lo que les contaban, y en cuyas relaciones tampoco habia conformidad, siendo lo primero que llama la atencion, el que ni siquiera trataran de averiguar los puntos y la manera con que los invasores penetraron hasta el centro de la ciudad.

Al norte de la citada calle de los Pozitos habia á ciertos trechos unos callejones tan angostos, que apenas podia pasar por ellos una sola persona, los que es probable que desde tiempo inmemorial se hubiesen formado ó dejado así con dos objetos. Uno el dar salida al gua que en la estacion de las lluvias baja de los cerros, y otro, el que multitud de pobres que en ellos habitaban, tuvieran conducto ó camino por donde ir y volver á sus miserables viviendas. Ninguno de esos objetos era ya necesario, así porque en los edificios se procuraba dar al agua otra direccion como porque ya habian desaparecido la multitud de jacales que habia sobre los cerros; por lo que á principios de la insurreccion se tapó con adove la entrada á los referidos callejones. No quedaba otra comunicacion con la calle, que la que habia por la subida del Terremoto uno de los barrios de la ciudad; pero allí estaba formada una gran trinchera, en la que se mantenía la tropa necesaria

al mando de un oficial, y ésta se cerraba por las noches. No era posible que la ocuparan los que venían por el lado de fuera ó del río, porque lo impedían las paredes levantadas á la espalda de dicha trinchera, lo que sugirió á los insurgentes el arbitrio de enviar muchos hombres de á pié para que quitando los adobes estuvieran á la expectativa de que pasara alguna patrulla sobre la cual se echaran de improviso, la desarmaran, y le quitaran el santo y seña, con el cual podrían ya avanzar sobre la trinchera. Efectivamente pusieron en planta ese arbitrio, el que exactamente dió el resultado que se deseaba, y en consecuencia se dirigieron á ese punto inmediatamente con toda la demás fuerza que tenían oculta en el callejón, la que se apoderó de la trinchera, y abriendo sus puertas entró por allí la caballería. Entonces no había serenos ni guardas diurnos en la población, y en esta calle solo existía un mozo, que pagábamos entre todos los vecinos, para que estuviera al cuidado de nuestras casas. Este mozo, que se llamaba José María Parada, observó que la ronda había sido desarmada y que además había perdido el santo y la seña, por cuyo motivo fué inmediatamente á dar aviso al comandante militar de la plaza, que lo era el español Don Antonio Linares. Los insurgentes al echarse sobre la guarnición que cubría dicha trinchera mataron al oficial que la mandaba y á algunos soldados, y en seguida ocuparon esta calle. El mozo que dió el aviso, fué premiado por el Virrey con un empleo de guarda en la Aduana de Guadalajara.

Veamos ahora como se describe la entrada de Mina á esta capital en el folio 621 del tomo 4º de la historia de Alaman. Allí se lee: “que iba entrando en dos columnas por las calles á las dos de la mañana del día 25 de Octubre, sin que hubiese sido visto por nadie.” Si es absolutamente increíble que aún á la mitad del día anden miles de hombres de á pié y de á caballo, recorriendo las

calles de una ciudad de corta estension, sin ser vistas ni percibidos por nadie, ya se deja entender á qué grado llegará la inverosimilitud de tan original y célebre aserto, contrayéndolo á la quietud y silencio de la noche, y en un lugar tan poblado como este. No son de menor bulto las especies que siguen. Dice, pues: “que una ronda con la que Mina se encontró dió la alarma, y se puso en movimiento la población.” Es increíble que esa ronda en el silencio de la noche no conociese que eran los invasores los que venían haciendo tanto ruido, y que en vez de retroceder ú ocultarse, continuaran á su encuentro como quien espera avistarse con dos ó tres amigos. Asienta Alaman, que quien mandaba esa ronda era el español D. Manuel Baranda, el que en esa noche funcionaba de jefe de día; y el que en el servicio militar desempeña esa comisión, no anda unido con una patrulla. Tales inverosimilitudes se aumentan en vista de que si el encuentro de Mina con las tropas realistas se verificó en la calle de los Pozitos, no se comprende la causa de que únicamente se les hiciera fuego á los que iban por la calle del Ensaye, ni tampoco se alcanza el motivo de que el referido Mina no dispusiera cosa alguna con respecto á la ronda enemiga con que se encontró. Tales especies son falsedades muy grandes, evidentes é impasables; mas en cuanto al ataque indicaré los pormenores que me pusieron al tanto de lo que ocurrió en él desde el principio hasta el fin.

La noche del 24 de Octubre era hermosísima, pues en ella estaba la luna en llena y no había viento. Según la costumbre que yo tenía salí á las ocho á dar una vuelta, y en la calle oí decir que los insurgentes desde temprano estaban en los suburbios, lo que no me llamó la atención porque era cosa que se repetía con frecuencia. Regresé despues de las diez, y traté de recogerme, y aunque percibí el ruido de algunos tiros, tampoco me causó novedad porque eran pocas las ocasiones en las que no sucedía lo

mismo; pero notando en seguida que estos no solo eran mas fuertes y repetidos, sino que cada vez se iban oyendo de mas cerca, me levanté y abriendo luego el balcón, ví que toda la calle estaba ya completamente ocupada por los insurgentes, los que se estaban batiendo con las fuerzas realistas que los vinieron á encontrar, habiendo un fuego muy vivo por ambos combatientes, y en ese tiempo le dieron por equívoco un balazo los invasores al vigía ó espía que habian mandado al interior de la ciudad, á que se informara del estado que guardaba, y se volvía ya á darles razon de todo lo que habia visto. Casi al mismo tiempo trajeron los realistas un cañon que situaron precisamente bajo de mi balcón, cuyo artillero fué muerto de un balazo, pero inmediatamente lo sustituyeron con otro; de manera, que habiendo continuado el fuego que con esta pieza se les hacia á los insurgentes, no solo se evitó el que estos avanzaran al interior, sino que los hizo retroceder hasta que enteramente desaparecieron.

Entonces ya no les quedó á los realistas otro punto de atencion para la defensa mas que la plaza mayor; y al efecto se concentraron y parapetaron dentro del cementerio de la Parroquia los españoles y la tropa. En el extremo opuesto, esto es, al frente del puente nuevo hay unas casas que forman una rinconada, en la que se situó la columna que habia entrado primeramente por ese rumbo, y á la que se reunió despues la que estuvo en la calle de los Pozitos. En este punto y en el del cementerio se formó el teatro de la guerra; y habiéndose roto el fuego por una y otra parte, fué herido de bala en un brazo el Comandante militar de los realistas Linares, cuyo brazo traía envuelto en un pañuelo, como yo lo ví al dia siguiente. La accion habria durado mas, pero le sugirieron á Mina, el que se trasladase con su gente á otro lugar, en el que estaria con mayor seguridad, y en seguida se bajó por la entrada que da á la calle de Alonso. Al fin de esta calle

está el costado de la iglesia de San Diego, con el que se comunica la capilla nombrada del Señor de Burgos, la que casualmente les pareció un parapeto ó fortaleza á los insurgentes que nunca habian estado por ese rumbo; y temiendo que allí los fueran á batir, ya no quisieron dar un paso adelante, sin embargo de las órdenes que al efecto les daban sus jefes y de la fuerza que empleaban para obligarlos á que avanzaran; y como ni los cintarazos que al efecto se les daban eran bastantes, ni tampoco lo fueron los que se les dieron en la calle de los Pozitos, para evitar el que retrocediesen, y por este motivo en ambos puntos se fué introduciendo la confusion y el desorden; Mina se vió ya en la necesidad de retirarse, lo que en efecto ejecutó á las tres de la mañana del dia 25 de Octubre, dirigiéndose por el Mineral de Valenciana, y al pasar por allí un hombre llamado Francisco Ortiz le pego fuego al tiro general, el que inmediatamente cundió y se propagó á los techos que cubrian todos los edificios de esa negociacion, levantándose en seguida una gran llamarada que iluminó todas las alturas de la ciudad; mas respecto del sugeto que causó el incendio, se habló desde entonces con tanta variedad que no se llegó á saber con certeza quién habia sido.

En seguida entró Orrantia á la ciudad para tomar informes acerca de la direccion que habia llevado Mina, en virtud de los cuales se fué por el rumbo de Silao, á donde entró la tarde del dia 26 de dicho Octubre, y allí supo que el citado Mina debia pasar la noche en el rancho del Venadito; por lo que á las diez de la misma se dirigió á él con quinientos caballos. Al amanecer del dia 27 se puso á la vista de ese rancho, y dispuso en seguida que avanzasen al galope ciento veinte dragones del cuerpo de la Frontera para cojer desprevenidos á los que se hallaban allí, de los cuales fueron muertos los que intentaron defenderse, siendo uno de estos D. Pedro Moreno; y como

Mina ya no tuvo oportunidad para hacer resistencia, fué aprehendido por el dragon José Miguel Cervantes, habiéndole puesto inmediatamente unos grillos en los piés, lo que lo hizo exclamar con incomodidad: "bárbara costumbre española; ninguna otra nacion usa ya este género de prisiones; mas horror me causa verlas, que cargarlas." En el mismo dia fué conducido á Silao en donde Orrantia entró en triunfo, llevando con él la cabeza de Moreno ensartada en una lanza. El mencionado jefe obtuvo por este hecho el empleo de Coronel de ejército; al dragon que aprehendió á Mina se le mandó gratificar con quinientos pesos, y al Virey se le concedió el título de "Conde del Venadito." De Silao se llevó Orrantia con una escolta al citado Mina para el campo en que estaba Liñan, en donde le quitaron los grillos; y á las cuatro de la tarde del 11 de Noviembre una escolta de cazadores del Regimiento de Zaragoza lo condujo al crestón del cerro del Bellaco, que era el punto destinado para su ejecucion, en donde despues de habérsele ministrado los auxilios espirituales fué pasado por las armas, y sepultado su cadáver en un lugar inmediato al expresado punto.

Cuando pasó á Lóndres este caudillo, fué con el objeto, segun ya antes se ha dicho, de libertarse de la persecucion del gobiernó español que tenia comunicadas sus órdenes para que lo aprehendieran y llevaran á Madrid á disposicion del rey: lo cual ha suscitado varias discusiones acerca de sus verdaderos intentos en la expedicion que emprendió. Los que tuvo para pasar á la capital de Inglaterra, es claro que no fueron otros que los de lograr allí un asilo ó seguridad: de lo que por una parte se deduce, el que no fué su ánimo el venir á ayudar en la empresa á que se dirigia la insurreccion; mas como tambien consta que algunos comerciantes ingleses que eran liberales, ó tal vez por otras miras le proporcionaron un buque, armas y dinero para que hiciera la independenciam de la

nueva España, y que con esos recursos se embarcó con doscientos aventureros en 28 de Agosto, resulta, que prescindió absolutamente de ese asilo, y que ya no tuvo otro anhelo ó intento que el mismo á que aspiraba nuestro país.

Como igualmente se ha dicho, que la constitucion sancionada en Cádiz era un paso para la independenciam, se deduce de ello con mucha naturalidad que lográndose el triunfo de ese código en España y en América, quedaban enteramente cumplidos los deseos del caudillo y de los liberales sus compañeros, sin reflexionarse que esto era impracticable en México, porque examinando el punto bajo todos sus aspectos, se declaró el que siendo imposible plantear la referida constitucion en medio de una permanente insurreccion que socababa los cimientos del país, era absolutamente necesario suspenderlo mientras duraran las circunstancias tan revolucionarias y turbulentas en que se hallaba. Aun cuando se derogase y nulificase tal declaracion, se palpa que no habia fuerzas para sobreponerse á las aguerridas y numerosas de un gobiernó establecido y sistemado; de lo que es la mayor prueba el hecho cierto y notorio de que al fin se llegó á sucumbir. Tal vez se replicará á todo esto que lo que únicamente prueba ese hecho, es el que Mina se habia alucinado y equivocado; pero ese alucinamiento y equívoco no falsifican la rectitud de sus intenciones y procedimientos. Yo no hago mas que indicar las dudas que originan el que se dispute sobre el intento y objeto que lo decidieron á separarse de Lóndres, para que meditados y discutidos con toda detencion esos mismos motivos, se califique su naturaleza y su mayor ó menor importancia, limitándome á emitir una observacion tan obvia como sencilla. En todas las proclamas, cartas y comunicaciones de Mina se empeñó en inculcar y publicar, que nunca habia tratado, ni trató de pelear contra los españoles, sino tan solo contra el

despotismo de un Rey absoluto y tirano. Basta fijar la vista en esas públicas comunicaciones, para que se venga en conocimiento de si ellas fundaban ó no la desconfianza de los liberales.

Como igualmente se ha dicho, que la constitucion sancionada en Cádiz era un paso para la independencia de España de ese óculo en España y en América, quedaban enteramente cumplidos los deseos del pueblo y de los liberales sus compañeros, sin reflexionarse que esto era un paso hacia en México, porque examinando el punto por todos sus aspectos, se declara el que siendo imposible plantear la referida constitucion en medio de una permanente insurreccion que socavaba los cimientos del país, era absolutamente necesario supenderlo mientras duraran las circunstancias tan revolucionarias y turbulencias en que se hallaba. Aun cuando se desgracia y millares de vidas se perdieron, se sabe que no habia fuerza para oponerse á las agitaciones de un gobierno de un sistema y sistema de gobierno, al fin se llegó á encontrar.



hecho cierto y notorio de que al fin se llegó á encontrar. Tal vez se replicará á todo esto que lo que únicamente prueba este hecho, es el que Mina se habia alucinado y se equivocó; pero ese alucinamiento y equivocación no tiene con la rectitud de sus intenciones y procedimientos. Ya no digo más que indicar las dudas que originan el que se dispute sobre el intento y objeto que lo debieron á ser para ser de donde, para que mejorados y descubiertos con toda detencion esas mismas dudas, se hallan en un estado de confusión y su mayor ó menor importancia, limitándose á una observacion tan obvia como sencilla. En todas las proclamas, cartas y comunicaciones de Mina se puede ver en francés y español, que nunca habia tratado, ni se le de pelear contra los españoles, sino tan solo contra el

CAPITULO VIII.

Al dia siguiente de la ejecucion de Mina hicieron una salida los sitiados, la que causó gran pérdida á sus contrarios; por lo que estos procedieron á un asalto en que murieron muchos jefes y soldados; de lo que impuesto el Virey, previno que no se aventurara otro ataque hasta que el éxito fuera mas seguro.—Destruidas en gran parte las obras exteriores, descubiertas las habitaciones, el que habia escasez de víveres y de municiones, se resolvieron los sitiados á asaltar un campamento; y aunque por mas de una hora pelearon con valor, al fin fueron rechazados.—En consecuencia se decidió la salida de toda la guarnicion y de cuantas personas se hallaban en el interior.—La vanguardia en la que iba el Padre Torres, comenzó á bajar sin que hubiera salido ni aun la mitad de la gente, cuando aquella se encontró con los primeros puestos de los realistas.—Se dió luego la alarma y se encendieron las fogatas.—Se pegó fuego á las habitaciones, y se quemaron los heridos.—Fueron aprehendidos y fusilados cinco individuos notables.—El Padre Torres pudo escapar con algunos pocos que lo siguieron.—Las hermanas de este Padre y la familia fueron llevadas á poblaciones que estaban á disposicion de los realistas.—Las tropas que ocuparon la fortaleza, cogieron todo lo que en ella se encontró, y el lugar quedó abandonado.—Motivos por los cuales manifestó la situacion que tenian las tres célebres fortificaciones que habia en la provincia de Guanajuato; del modo y términos con que se atacaban, de los hechos de armas que hubo en ellas y de sus consiguientes resultados.

Muerto Mina, los sitiados intentaron hacer una salida en la que tuvo gran pérdida la artillería de los sitiadores; por lo que el Coronel de Navarra Ruiz propuso un plan de asalto, que fué aprobado por Liñan. Se dispuso que este lo verificaran tres columnas, cuyas fuerzas ascendian á mas de novecientos hombres escogidos; y á las cuatro de la tarde del 16 de Noviembre se pusieron en movimiento y marcharon con resolucion, aunque expuestos no solo al fuego de fusilería, sino tambien á la multitud de piedras que sobre ellos descargaban las mugeres y los muchachos que estaban en lo alto de la muralla. A tiro de pistola se detuvieron los asaltantes, y luego continuara avanzando con algunos oficiales y soldados que subieron á la brecha; pero habiendo sido muertos estos el Comandante Peñaranda y otros jefes, los restos de la fuerza se